

una série de operaciones rapidísimas, á la vía de tierra: la locomotora enmudeció, despues de rezongar con extrañeza, á la vista de aquel embarque extraordinario . . . Estábamos embarcados con todo y wagones, y navegamos cortando de lo lindo las aguas del rio . . .

El jefe de aquellas maniobras, aunque lleno de tizne, con sus manos callosas y su mandil, parecia un hombre educado, conocia el español y lo designaban como ingeniero y mecánico muy hábil . . .

No sé cómo tuvo conocimiento de mi insignificante persona, de mis coplas y de mi admiracion á Mr. Bryant. Yo habia seguido con admiracion sus movimientos, por su destreza y atrevimiento. ¿Quién habia de creer que aquel jóven era un literato con pasion por los autógrafos, como otros muchos? Cuando estábamos del otro lado del rio, y yo materialmente absorto de la temeridad de nuestra travesía, se acercó el jóven por uno de los postigos del coche y me dijo, sin más circunloquios:

—¿Vd. quiere ponerme en esta cartera su firma, Sr. Prieto, mexicano . . . ?

—Con mucho gusto, respondí . . . y no solo mi firma, sino una cuartetilla que se me escurrió, sin sentirlo, de la punta del lápiz.

Me dijo no sé qué cumplimientos con tan tierna expresion, que yo le pedí escribiese en mi (*carnet*), librito de apuntaciones, su nombre, y él, con unas letrotas como nueces, puso:

Julio 30 de 1878.

Querido de Prieto.

H. B. NUTT.

En Litl Roch, conjuncion de los caminos del Norte y el Oeste, cambiamos carruaje para continuar á San Antonio.

El nuevo wagon contenia viajeros de todas partes del mundo, que iban en calidad de colonos á Texas.

Era como el residuo, como los harapos humanos de todo el globo; eran los Cuasimodos de todas las naciones, como regados sobre el fondo negro de la raza africana.

La marcha del tren era lenta, el camino fangoso, la luz del interior del wagon amarilla y enferma, la atmósfera espesa y pestilente.

Para que no nos faltara ningun disgusto que sufrir, como ataques de estornudos intempestivos, como invasiones nerviosas, yo no sé con qué motivo acometieron accesos de risa y alegría, á negros, negras y negritos, circularon de boca á boca botellas, reventando de *wiskey*, desenvainaron de no sé dónde unas guitarras los hijos de la tiniebla, sonaron los palillos, que repican como castañuelas, y aquello fué fandango.

Francisco, de un salto, se puso fuera del wagon, y se colocó en la plataforma, echando chispas; otros tres viajeros lo seguimos, resueltos á pasar la noche á la intemperie, ántes que estar en aquel infierno.

Entre los viajeros que nos seguian habia un hombre vestido de cuero, bruscos movimientos, aunque se conocia que eran afectados, y callosas manos; pero su fisonomía formaba contraste.

Era un hombre de semblante apiñonado, un tanto pálido y de ojos negros; el cabello descuidado, pero finísimo; la boca con el labio superior algo levantado, y la barba y el cuello de persona de alta distincion: desde que entramos al

wagon, Enrique, á quien discretamente llamaremos así, nos colmó de atenciones, hizo que sus criados nos sirviesen y se captó nuestra voluntad.

Preguntéle si era español; me dijo que era mexicano; y en efecto, le era conocida no solo nuestra historia, sino peculiaridades de colegio, que convirtieron casi en íntimas nuestras nascentes relaciones.

Por su parte, para Enrique el nuevo conocimiento se advertía que le era muy grato; pero cuando Francisco y yo hablábamos de nuestras familias, se le veía hondamente afectado, y aun me pareció ver alguna vez que con disimulo enjugaba una furtiva lágrima.

En el grupo que formábamos los cuatro prófugos de la orgía, no daba luz alguna; sospechábamos movimientos y fisonomías, la noche era oscurísima, el carruaje marchaba lentamente; era un paseo en la barca Caron, porque nos deslizábamos como sombras.

Alguno me dijo:

—Aunque sea un cuento, cuéntenos vd., *Fidel*; ya este es mucho fastidio.

—A tí te toca, Francisco, que eres el que ménos hablas: haz ahora el gasto.

—Enrique, Enrique que es el más jóven, tiene obligacion de entretener á los viejos, dijeron los otros.

—Allá voy, dijo Enrique. Voy á contar á vdes. la historia de Fernando Verjeles, historia que me trajo por estos mundos, como por incidencia, *por tabla*, como dicen los jugadores de billar de nuestra tierra.

Ya advertirán los lectores que aunque Enrique supuso el nombre de Fernando, él realmente era el héroe de la

novelita que voy á referir, aunque sin la naturalidad y la gracia que lo hizo Enrique, y sin el atractivo que le comunicaron las circunstancias particulares en que me encontraba.

Enrique, despues de anunciar su cuento, quedó con la cabeza inclinada. Acaso dudaba hacernos su confianza; pero, como supe despues, superó en él la idea de vindicarse de la nota de bandido ó de traidor. Tan absorbido estaba en su meditacion, que fué necesario que le dijéramos:

—Estamos esperando el cuento.

Volvió en sí como quien despierta, y habló como sigue:

—Era de por estas tierras Fernando, pobre como Aman y entusiasta y ambicioso de gloria como César ó como Goethe.

Una madre anciana, una camisa sin parentesco con otra alguna, y un firmamento de esperanzas en el cielo de su alma, hé ahí su patrimonio.

En medio de tan escasa fortuna, su alma estaba dotada de la alegría, luz intensa, flor de ricas esencias que perfuma todos los caminos y corona de encantos la frente misma de la adversidad.

No sé qué traza se dió Fernando que resultó en México, como llovido del cielo, con su tierna madre á quien idolatraba, y se estableció en una casuquita interior en la calle de las Gallas, sin otro amparo que el del mismo cielo.

Un banco de cama tartamudo de piés, una mesa de palo blanco con una espina dorsal en el centro, que le quitaba toda utilidad, cinco trastos para guisos y servicio de mesa, una silla desfondada, pero conservando gravedosa su figura, y otra que mantenía al ocupante en cuclillas, hé ahí el ajuar de la casita de Fernando.

No obstante, con el brío y la entereza de que estaba dotado, entróse de capense en Letran, captóse la voluntad de Lacunza, y á poco el Dr. Arrillaga, capellan de Santa Brígida, le abrió de par en par las puertas de su confianza, y caten vdes. á mi capense con seis reales diarios, por escribir sermones y polémicas teológicas.

Doña Pepita, santa y nobilísima mamá de Fernando, tuvo su criada, apareció deslumbrante un espejillo en la desnuda pared de la sala, hasta media docena de sillas de tule iniciaron el ajuar, sintióse en la cocina calor y en la horni-lla la alegre algarabía de las frituras.

Fernando trabajaba sin cesar; estudiaba, escribía, pronunciaba discursos y hacía unas coplas tales, que era el Campoamor de todas las costureras de modista, y el Zorrilla de todos los amantes de tres al cuarto y escasa fortuna.

Patio no lo había en la casa, las piezas se encerraban en dos; no quedaba más campo á la inspiracion que la azotea, y la azotea fué el templo del ingenio y el pedestal de las soñadas glorias de Fernando.

Su hablar recio, sus aspavientos frente al sol poniente, sus apóstrofes apasionados á los horizontes y á las montañas, dieron cierta celebridad al poeta, con recamareras, cocineras, y niñas entregadas á la costura, frente á exiguas ventanillas que les regatean hasta pedazos de cielo.

Capotin destrozado y lleno de chorreones, sombrero independiente de toda línea y conformacion regular, calzado en desavenencia eterna con el pié, corbata buscando una tangente sobre el hombro, escondiendo uno de sus extremos como víbora en la abierta camisa, alborotado sobre la frente el rubio cabello, cubriendo casi los vidrios de sus an-

tejos, pero alegre, ufano, decididor y atrevido, he ahí á Fernando en sus paseos sobre las alturas, como ave torpe que sube á la cima del árbol, ensaya sus alas y las recoge triste desconfiando de su fuerza.

Paseando la azotea y espiondo hácia abajo, ya por aquí, ya por allá.... le llamó la atencion en el centro de una azotehuelita reducida, un jóven vestido con cierta compostura, aunque muy pobremente.

Era levantado sobre la frente su rubio cabello, lleno de carrillos y gruesa papada, boca grande, pero con dentadura blanquísima, y unos ojos que tenían el reflejo del topacio.

Nada le pareció más perfecto que sus manos de alabastro, tan bien hechas y aristocráticas, que parecían haber sido modeladas para las caricias.

Estaba el jóven sentado en una sillita baja, de las que llaman de costura las señoras de nuestra tierra, y tenía en sus rodillas una de esas tablas que hacen una curva en uno de sus lados, de las que se servían en aquella época los sastres infelices para sus cortes y arreglos.

Sobre la tabla había un lienzo; parecía trazar con una uña de jabon unos pantalones.

A la derecha del incógnito jóven, en otra sillita pequeña, había abiertos unos libros, y una tira de papel con un lápiz descansando sobre ella.

El jóven trazaba su pantalon, tarareando no recuerdo qué; pero de repente apartaba los toscos lienzos y se entregaba á profundas meditaciones sobre su libro, haciendo apun- taciones.

Yo (digo, Fernando), tras el pretil de la azotea, todo lo

veía, y veía, como entrada á la casa, una pequeña pieza que era la cocina, donde nó había percibido gente. . . .

De repente el sastre-literato gritó: "¡Leonor!" y formándole marco la entrada á la cocina, vió Fernando una mujer de rara hermosura, que tal vez por lo inesperada le deslumbró.

Era la jóven delgada, pálida, augusta en su porte y en su inocente majestad.

Bajo su cabello negro se veía su semblante de alabastro, como bajo una nube un horizonte luminoso; sus grandes ojos negros resplandecían coronados por sus largas pestañas, que sombreaban la parte inferior de sus ojos; su nariz, de delicadeza griega, llevaba la vista á sus labios, que se habrían podido cerrar con el pétalo de un clavel, y su barba y su torneado cuello, como que abandonaban la provocacion al encanto, para glorificar aquella hermosura angélica.

Vestia Leonor humildísima muselina azul; pero el traje, tan limpio y bien tallado, que parecía orgulloso de estar al servicio de semejante dueño.

Formaba contraste con el primer aspecto de la hermosura severa, el regocijo, la gracia realmente infantil con que se acercó juguetona al jóven rubio. . . . tomó de sus manos el proyecto de pantalon, se sentó á su lado y comenzaron su trabajo; la una cosía, el otro estudiaba, y se interrumpían y cantaban en el colmo de la felicidad.

Unas veces suspendía su trabajo la niña, para tomar la leccion al hermano; otras el hermano daba su voto acerca de los pantalones, siempre riendo y como el cuchichear de dos alegres golondrinas.

Fernando estaba endiosado, no quería abandonar aquel espectáculo; el sol recogía en Occidente sus últimos rayos, y en la pared de la azotehuela se dibujaba perfectamente el busto del intruso espectador. . . .

El jóven literato lo advirtió y alzó la cara: vió á Fernando y le dió las buenas tardes, sin abandonar su alegría.

—¿Qué hace vd. por ahí, amigo?

—Este es mi salon de estudio. . . . un poquito más grande y mejor ventilado que el de vdes. Este es un taller al aire libre, con mejores vistas. . . .

—Pero de muy difícil subida, dijo Leonor.

—Diré á vd., señorita, las subidas son relativas á la altura de las azoteas.

—De todos modos, á mí no me podría acompañar Leonor. . . . y me hace falta. . . . ya vd. lo ve.

—En cambio, yo puedo deshacer mis pantalones bajando, con ménos trabajo que los que vdes. hacen, segun veo. . . .

—¿No gusta vd. de pasar? le dijo el jóven á Fernando.

—De muy buena gana lo haría, respondió éste; pero vd. ve que no puedo hacerlo, sin comprometer la integridad de mi territorio.

—¡Eh! ahora, con el cloroformo, nada importa romperse una pierna.

—Vd. lo dice porque teniendo una sola pierna los pantalones, trabajaria ménos Leonor.

—Baje vd., decia ésta; traigo una mesa, sobre la mesa se pone una silla; así se alcanza á la azotea del palomar, y á ella se baja con un salto pequeño.

—Señorita, el salto de Alvarado fué á lo ancho siquie-

ra... si he de llegar á vd. por el camino de los héroes, avíseme con tiempo.

Hablando, hablando, trajo el letrado la mesa, se colocó la silla, me armé de resolución, (se armó Fernando de resolución), y despues de tres maromas, estrechaba la mano de los nuevos amigos.

No sé ni podría recordar todo lo que hablaron; pero todo era oportuno, risueño, caía en gracia, se celebraba con entusiasmo, aunque fueran tema de los epigramas los desdenes de la fortuna, que realmente trataba de perros á los tres actores de este drama.

—Pase vd., amigo: ¿cómo se llama vd.?

—Fernando, para servir á vd.

—Pase vd., y le hablaré á mamá.

Atravesaron la cocinita y dos piecécitas que servían de toda clase de departamentos de una habitación, y en una de esas piezas estaba una viejecita limpia, afable y de dulcísima voz, que me felicitó (á Fernando), por el conocimiento que había hecho con sus hijos.

Entónces fué el relato de las historias: ya vdes. saben la de Fernando; la de Miguel y Leonor era muy sencilla. Hijos de un opulento negociante, dejó parte de su fortuna para obras piadosas; los abogados de los conventos á quienes había hecho el negociante legados, emprendieron pleito para quedarse cada quien con la mayor parte del caudal. En esto se destruyó la fortuna: la familia vivía á expensas de un bienhechor generoso y desinteresado, hermano de la mamá de los jóvenes, y éstos, estudiando el uno para abogado, y los dos cosiendo municion, atendían á las necesidades de la casa.

El trabajo, la virtud y la conformidad con la mala suerte, hacían la riqueza de aquella familia venerable y encantadora....

Miguel, que hemos dicho era el nombre del futuro abogado, quiso á Fernando con pasión desde que lo vió.

—Merienda vd. con nosotros, muy pobremente, le dijo.

—No muy pobremente, dijo Leonor; yo prepararé un banquete de manteles largos.

—Me van vdes. á hacer mal: á mí me tiene á dieta rigurosa el Dr. Arrillaga.

—Ya verá vd., yo soy una notabilidad de brasero.

—Yo en ese ramo, he aprendido á soplar; desbarato en cada fagina un aventador.

—Queden vdes. platicando, dijo Leonor, que yo voy á disponer la merienda... y desapareció.

A poco de salir Leonor de la pieza, escuchó Fernando desusado trágico en la cocina; entraba y salía la mocita, y se escuchaban esos rumores que acompañan á los guisos y forman un lenguaje que comprende regocijado el estómago.

Poco tiempo duró la expectativa: llamólos la voz musical de Leonor á merendar, y no asistió á la mesa la señora por sus enfermedades.

La mesa albeando, la iluminación *a giorno*, porque había dos velas, la sal remolida, unas florecitas en una copa, funcionando de ramo, todo revelaba mujerío completo, esmero delicado, y Leonor no cabía en sí de contento.

El festín verdadero estaba en las almas, los manjares eran pobrísimos; pero ¡qué sazón! y cuántas atenciones de los muchachos á Fernando; se acogía cualquiera ocurrencia

con placer, se reía y había sus palmadas, como en estrepitosa francachela.

Lo singular de este cuento es que Fernando, no obstante desmorecerse por las hijas de Eva, y no obstante que Leonor era un verdadero prodigio de hermosura, no le dirigió palabra ni mirada que pudiera tener interpretación amorosa; era una franca é inocente simpatía, una explosión de afectos puros, alegres, incontenibles; eran las auras de la juventud, abriendo las almas y embalsamando los aires.

Miguel penetraba en el espíritu de Fernando, y se enorgullecía de aquella relación.

Modas, bailes, anécdotas risueñas, versos sentidos, cayeron como lluvia de perlas en el festín, y al despedirse los muchachos, Fernando ofreció su habitación en la misma casa, con la más exquisita finura.

Al salir Fernando deslumbrado del convite, se felicitó de no haber hecho una de las suyas; esto es, de no haber insinuado afecto alguno á Leonor, que tanto respeto merecía.

Cumplía como caballero Fernando, puesto que estaba formalmente comprometido para casarse con Julia, su primer amor, la señora de su alma, el ángel inspirador de los primeros cantos de su lira.

Pero nada de esto obstaba para que Leonor fuese divina.

En estas circunstancias, la señora mamá de Fernando fué atacada de una angina de pecho; enfermedad cruelísima que puso desde su primer anuncio en peligro su existencia, convirtiéndola en horrible la situación de Fernando.

Salía la primera noche en busca del médico, sin saber qué hacer ni tener con qué pagarle, cuando se le unió Mi-

guel, le llevó con un médico amigo, y volvieron con él á la casa.

Leonor, entre tanto, había provisto á las necesidades de la casa; la señora mamá de Fernando estaba en su lecho, la vela encendida y todo á punto de emprenderse la curación.

Calificóse el caso de gravísimo, se aplicaron á la enferma sinapismos, se recurrió al éter, se recetó cáustico, y todo apareció allí como por encanto.

Fernando tenía que concurrir á su colegio, no podía abandonar al padre, que era su recurso único de subsistencia, las noches las pasaba á la cabecera de la enferma, ó tirado á sus piés como un lebrél, atado con una faja á su brazo, para que le llamase su madre cuando sintiese el acceso del horrible mal que la privaba del sentido, y que cuando pasaba, dejaba trastornada su razón.

Iba Fernando á sus quehaceres dejando al arbitrio de una criadita de doce á trece años, la preciosa vida de su madre.

Cuando volvía Fernando á la casa, la hallaba perfectamente aseada; Leonor había guisado, barrido, curado á la enferma, consoládola de sus penas, siendo el ángel bueno, el aroma y la luz de aquella mansión de dolor y miseria. . . .

Y mientras tanta diligencia y cuidado tenía Leonor, evitaba ver á Fernando, espiaba sus pasos, se valía de subterfugios para que no le humillasen sus favores, y tenía delicadezas de las que revelan una alma sublime y generosa.

Mientras estas atenciones se hacían más sensibles, más respetuoso era Fernando con su bienhechora, á quien profesaba apasionada gratitud.